

## SERMON

### PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA.

*Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.*  
Estaba al pié de la Cruz de Jesus, su  
Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Era necesario, señores, que aquella Virgen Purísima, que fué el milagro mas grande del universo, en espresion de San Efrén (1), la obra de Dios por excelencia como la llama San Buenaventura (2) fuese en todo semejante al Redentor que se inmola por la salud del mundo. Su corazon fué en sentir del Justiniano el espejo perfectísimo de la pasion de Jesucristo y la imágen de su muerte (3). Cuantos tormentos padeció Jesus en todo su cuerpo, experimentó María en su corazon. Tan copiosa y superabundante quiso el Todopoderoso que fuese la Redencion del género humano, que no contento con hacer que su unigénito Hijo fuese

(1) Præstantissimum universi orbis terræ miraculum. San Ephrem, de laud. Deip.

(2) Opus Domini, mirabile Dei opus. San Bonav. in Specul. B. M. V., lect 7.

(3) Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago. Justin. lib. de triunt. Christi agone.

sacrificado en medio de los mas terribles dolores, afrentas y tormentos, quiso tambien que la Madre de la sagrada Víctima sufriese una segunda pasion, tanto mas dolorosa, cuanto mas débil era la criatura que la sufria.

Contemplamos ayer á esa heroína admirable siguiendo por la calle de la Amargura los pasos de su divino Hijo: la vimos abrazarse con él, cuando le vió caer en tierra, agoviado bajo el enorme peso de la Cruz, de aquel madero santo en el cual llevaba los pecados del mundo. Reina celestial, estaba destinada para ser la maestra y doctora de la nueva doctrina. En su ejemplo habian de aprender los cristianos que habian de formar la naciente Iglesia á sufrir con resignacion los trabajos y aflicciones de la vida, á conformarse con los designios de la Providencia, á ser obedientes á las divinas disposiciones, y en suma, á practicar todas las virtudes. ¿No es verdad, mis hermanos amadísimos, que admirastais ayer su heroicidad, á ninguna otra comparable, cuando la visteis llena de valor, abrirse paso por medio de la multitud, hasta llegar á encontrar al Hijo de sus entrañas que caminaba rodeado de soldados y verdugos al monte de la Redencion? Pues aun podemos decir que no hemos empezado á recorrer y contemplar la dilatada série de sus dolores y tormentos. En sus oidos virginales resonaba á cada paso la voz del pregonero que publicaba la sentencia. María estuvo á punto de desmayarse al ver á su Hijo caido en tierra, y aun hubiese muerto á la violencia del dolor sino hubiese sido confortada. Era aun poco: uno de aquellos sayones fijando la vista en la Santísima Virgen preguntó á otro de sus compañeros: ¿Qué mujer es esta que tanto se lamenta? Es la madre

del Galileo respondió uno de ellos. Y en el momento colmándola de improperios la enseñaban los clavos con que iban á crucificar á su Hijo Santísimo. ¡Oh perfidia judaica! Hubo un momento de confusion: Juan y las piadosas mujeres querian levantar á María que era injuriada por los soldados, y uno de ellos la dijo: Si le hubieras educado mejor; no estaria ahora en nuestras manos (1). Los soldados levantaron á Jesus, y la comitiva siguió hasta llegar al Calvario. Jesus iba desfallecido y desangrado; pero entretanto su pensamiento estaba fijo en el hombre. Tal era su deseo de salvarnos que se gozaba en sus mismos padecimientos, y anhelaba el momento de derramar la última gota de su sangre para dejar consumada la Redencion humana, la grande obra para que habia sido enviado por su Eterno Padre.

Cúmplenos hoy, segun el órden de las meditaciones de este novenario, contemplar el espectáculo doloroso de la crucifixion del Salvador, y los padecimientos y dolores de la Santísima Virgen al pié de la Cruz. Venid, pues, cristianos al Gólgatha y observemos cuanto pasa en aquel lugar santificado con la sangre del Cordero: escuchemos los lamentos de María, acompañémosla en sus dolores y aliviémosla con nuestra filial compasion. Tal va á ser el objeto de la primera parte de mi oracion, dedicando la segunda á la continuacion de pruebas de religion, comenzadas en el anterior discurso. Imploramos ante todo los auxilios de la Divinidad por la intercesion de la Santísima Vígen. *Ave Maria.*

(1) Ana Catalina Emmerich.

#### PRIMERA PARTE.

Para conocer, mis amadísimos hermanos, toda la gravedad del pecado, basta considerar los grandes tormentos é ignominiosa muerte que por su expiacion sufriera el divino Redentor. Sonaba en el reloj de la eternidad la hora determinada en los consejos de la Trinidad Beatísima para que fuese inmolado el Cordero sin mancilla. Jesus, despues de caer y levantar repetidas veces, llegó por fin al monte del sacrificio. Era la hora de sesta ó medio dia, cuando los judíos para crucificar al Salvador le despojaron de sus vestiduras. Este acto fué tambien verificado con la mayor crueldad. Como la túnica era larga, se la sacaron por los hombros, de suerte que llevando tras de sí la corona de espinas, renovaron todas las llagas de su sacratísima cabeza, abriéndole nuevas heridas cuando se la volvieron á colocar. Todos los tormentos parecian pocos á aquella raza de víboras; así es que con la mas maligna intencion, habian hecho los agujeros de los clavos á mayor distancia de la que era necesario. Hechos los barrenos, mandaron de nuevo á Jesus que se tendiera sobre la Cruz para clavarle, y tomando una de sus manos, uno de los verdugos la aseguró sobre el agujero, mientras otro colocando el clavo daba sobre él crueles golpes con el martillo hasta dejarla completamente asegurado. Un gemido dulce salió de los labios del Salvador, en tanto que su preciosa sangre que lavaba los pecados del mundo, salpicaba á sus mismos verdugos.

María, la purísima María, presenciaba aquella terrible escena, pálida como un cadáver, exhalaba

hondos y entrecortados sollozos. La Magdalena, como fuera de sí, no se apartaba de la bendita Virgen. Clavada que fué la mano derecha del Salvador, vieron que la izquierda no llegaba al barreno que habian hecho, y así tomando una cadena y atándosela á la muñeca, tiraron del brazo con tanta crueldad, que le hicieron sufrir una violenta dislocacion, que le produjo un nuevo tormento imposible de describir. Procedióse en seguida á clavar los sacratísimos piés. Como era natural, el cuerpo del Señor se habia encogido hácia la parte superior de la Cruz, por la violenta tension de los brazos. Los judíos, pues, ataron cuerdas á sus piés, tirando con la mayor fiereza hasta colocarlos sobre los barrenos. Entonces se sintieron crujir todos sus huesos. Verificada la crucifixion, colocaron á la cabeza de la Cruz el tarjeton con la inscripcion que habia hecho escribir el gobernador romano. Ya estaba cumplido el vaticinio del coronado Profeta, que á través de los siglos habia exclamado: *Dinumeraverunt omnia ossa mea* (1), pues que tan descomulgado quedó el divino Salvador, que se podian contar todos sus huesos. Era fácil que el peso del sacratísimo cuerpo arrancase los clavos y le desprendiese, y para evitarlo, volvieron la Cruz para remarcarlo, lo que produjo al Señor tormentos tan vehementes ó tal vez mayores que los anteriores. Tan cruel pareció esta operacion á los que en el Calvario se hallaban, que todos se sintieron movidos á lástima y prorrumpieron en una terrible gritería (2). Hecho esto, elevaron la cruz y la dejaron caer en el agujero que habian abierto en una peña, donde se hundió

(1) Psal. XXI. v. 18.

(2) V. Mad. Agréda: mística ciudad de Dios. Lib. 6 cap. 22.

dando un terrible sacudimiento la inocente víctima que sufría en aquellos instantes mayores tormentos que cuantos han padecido despues los mártires todos de la religion.

Estaba consumada la obra de la iniquidad judaica: Jesus se hallaba pendiente entre el cielo y la tierra: sus verdugos le colmaban de improperios. Si eres Hijo de Dios, decian unos, desciende de la Cruz. Si tanto es tu poder, decia uno de los ladrones, sálvate á tí y sálvanos á nosotros. Y en medio de aquella gritería, al pié de la Cruz, María saludaba la primera al Verbo hecho carne elevado y exaltado en el madero. El rostro del Salvador quedó vuelto hácia el Nord-Oeste, indicando que el Occidente habia de recibir el Evangelio que no habia querido escuchar la perfidia judaica.

Fijemos ahora nuestra consideracion en la purísima Virgen, que despues de haber sido testigo ocular de todos los tormentos de su divino Hijo, permanece en el Calvario al lado de la Cruz: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Ella ve cumplirse otra profecía cuando los soldados se repartieron las vestiduras de su amadísimo Emmanuel, y echaron suertes para ver quién habia de quedarse con la túnica (1). Ella presenciaba las terribles angustias de Jesus, y no podia aliviarle: sus manos temblorosas se estendian y elevaban para manifestar su amor: deseaba abrazarle, y hacia esfuerzos colocándose sobre las puntas de sus piés, dice el padre San Agustin, pero todo era inútil.

¿Y qué podré yo deciros, mis hermanos amadísimos, para daros á comprender el tormento del cora-

(1) *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.* Psal. XXI. v. 19.

zon de María, al pié de la Cruz de su divino Hijo? ¿Qué elocuencia será suficiente á describir las angustias de su corazon maternal? Si el Evangelista amado, testigo de aquellas crueles y terribles escenas, no encuentra palabras con que esplicarse, y tan solo nos dice que estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre: ¿qué podria yo deciros en lo menguado de mi inteligencia? Pero el Evangelista, mis señores, divinamente inspirado, no creyó necesario decirnos mas: sus lacónicas palabras encierran los mas profundos conceptos. El que sufrió tantos y tan terribles dolores, tan crueles angustias y tormentos y una muerte tan ignominiosa, era el inocente por esencia, el impecable por naturaleza, el Dios que se habia hecho hombre por salvar á la humanidad. La mujer que pálido el semblante, llena de dolor y de amargura, permanece firme al pié de la Cruz, do pende la divina víctima, es su Madre, aquella mujer feliz y bienaventurada, anunciada al mundo desde el Paraiso, la que existió en la mente de Dios desde la misma eternidad, y que fué como dice San Bernardo, el negocio de todos los siglos. Era mujer, y por consiguiente dotada de un corazon compasivo. Era Madre, y esta cualidad debia hacerla padecer extraordinariamente. Pero he dicho poco: era mujer, pero una mujer superior á todas las demas por su predestinacion, por las gracias que habia recibido, por las grandes virtudes de que se hallaba adornada. Era Madre, pero superior á todas las madres. Sabia que Jesus era Hijo suyo, pero sabia que era al mismo tiempo Hijo de Dios: le habia dado la naturaleza en tiempo, pero sabia que era mas antiguo que los siglos: le veia Hombre, pero sabia que era verdadero Dios. Este profundo y verdadero cono-

cimiento que tenia del origen, grandezas y dignidad de Jesus, aumentaba sus grandes padecimientos y los crueles tormentos de su corazon. ¡Cuánto debemos á Maria! ¿La veis al pié del leño santo, contemplando el cuerpo ensangrentado y casi cadáver de su Hijo? Pues ved ya cumplida la profecía del anciano Simeon, que un dia la dijera: «una aguda espada de dolor traspasará tu alma: *Et tuam ipsius animam pertransivit gladius* (1).»

Identificada María con su divino Hijo en ideas y pensamientos, fija su imaginacion en la desgraciada humanidad, sabe que solo el sacrificio de Jesus puede salvarla, porque es el único de valor infinito que puede ofrecerse al Eterno Padre, para dejar satisfecha su justicia; y si bien esclama en su amargura: «atended y ved si hay un dolor que pueda compararse con el que experimenta mi corazon,» se halla conforme con la voluntad de Dios, bebe el cáliz de la amargura y suspira al mismo tiempo por la salud de los humanos. Allí en el monte del dolor dá ejemplo de todas las virtudes. Contempladla, cristianos, y aprendereis á conformaros con los trabajos que os envia la Providencia, á ser sufridos en la adversidad, obedientes á la voluntad del Señor y humildes en todo tiempo. No es una compasion estéril lo que de nosotros exige la Señora: es sí la imitacion de sus ejemplos; y los que no queriéndose aprovechar de los frutos de la Redencion, viven entregados al pecado, renuevan con su conducta los tormentos del Redentor y los dolores de la Co-Redentora. No obremos, pues, con tan negra ingratitud, que nos haria seme-

(1) Luc. cap. II, v. 33.  
TOMO V.